

LO MILITAR EN ORTEGA Y GASSET

por José María GARATE CORDOBA
Coronel de Infantería

Contribución al centenario de José Ortega y Gasset



SCRIBIR sobre Ortega es una tentación y, como tal, un peligro. La tentación y el peligro de adentrarse por terrenos extraños y perderse o errar. Quien más, quien menos, ha paladeado la golosa literatura orteguiana con todo lo que tiene de dulce juego y ácida ironía, de equilibrio dialéctico y polémica audaz. Para quien se contrac al terreno militar, el peligro decrece, pues el aficionado puede comentar a Ortega siempre que lo haga con tiento y precauciones. En su aspecto más filosófico, lo hizo no hace mucho el general Montero, con el seguro acierto de quien va muy al hilo de los textos, ofreciéndonos una buena introducción al pensamiento militar del filósofo (1).

El arquero y el pájaro

Hay que empezar encontrando en Ortega una especial sensibilidad castrense, que haría pensar en antecedentes familiares o en una especial huella de la milicia en su vida. De lo segundo nada he visto, de lo primero, lo suficiente. El hecho de que Ortega fuese el único pensador de izquierdas que trataba con afecto al Ejército entre 1920 y 1930, nos hizo averiguar sus posibles parentescos castrenses y, efectivamente, como señala José Ramón Alonso, sus apellidos Ortega, Gasset y Chinchilla, figuran con relieve en la historia militar española del siglo XIX. Su bisabuelo, don Manuel Gasset Rodríguez Parejo, fue mariscal de campo de Estado Mayor, el teniente general don Manuel Gasset Mercader, primo de su abuelo Eduardo, ganó el título de marqués de Benzú en la guerra de Africa de 1859-60 y su tío-abuelo, don José Chinchilla y Díaz de Oñate, también teniente general, fue ministro de la Guerra en 1888. Su sobrino, Enrique Gasset de las Morenas, fue un prestigioso oficial de artillería en el regimiento a cuyo mando murió en Burgos, donde Rafael Gasset, tío de Ortega, hizo construir el puente de su nombre siendo ministro de Fomento.

También era de familia militar su esposa, Rosa Spottorno y Topete, con

(1) Jesús Montero Romero, «La milicia en Ortega y Gasset»: «Ejército», núm. 458 (marzo 1978).

quien casó en 1910, pues fue hija de Juan Spottorno y Bienert, general jurídico de la Armada, y de Josefina Topete Cavaillon, sobrina del almirante Juan Topete, el de «La Gloriosa», hijo a su vez del almirante Ramón Topete (2).

Con ello, Ortega y Gasset es el único de los intelectuales aquí estudiados con fuerte raigambre militar, que explica, por sus vivencias íntimas y acaso ejemplares, una comprensión que otros no podían tener a causa de una perspectiva deformada y hostil. También puede haber mucho de personal. Lo cual hace pensar que es todo visceral, psicossomático y acaso de indirecta influencia prusiana. Cualquiera habrá reparado en sus continuas metáforas militares, aún para conceptos y expresiones muy dispares. Tenía doce años cuando dijo a su hermano Eduardo:

«He encontrado en estos días el principio o lema que me va a guiar: Seamos en nuestras vidas como arqueros que tienen un blanco. Hay que elegir un fin en la vida, una diana para ir derechos aprovechando incluso los atajos, sin perder tiempo en la duda y la desorientación (3).

Se nos podrá argüir que el lema no es exactamente castrense, pero tampoco deja de serlo, más si se considera la especial afición de Ortega al medio, que debió ser precoz, pues el deporte del arco se ha fomentado muy modernamente y la cita es de 1895. Cuesta resistirse a contraponer la idea infantil de la trayectoria tensa y segura, directa a la verdad, con la opuesta radicalmente en la madurez de sus 45 años, cargada ya de experiencias erróneas, desengaños y fracasos.

Desde entonces, sus imágenes castrenses, en hiriente calificativo o en redonda metáfora, antítesis o paradoja, esmaltan la mayoría de sus escritos y discursos. Cualquier mediano lector de Ortega podría exhibir un espeso ramillete cortado casi al azar, como lo son los dos que nos salen al encuentro, y no son los más llamativos ni los más insistentes en expresiones militares:

En la vida moderna, la fuerza material apenas si tiene eficiencia alguna sobre las luchas intestinas de una sociedad. La contienda se produce entre poderes espirituales y se resuelve según una mecánica psicológica, donde las energías combatientes son los prestigios. El poder de mayor prestigio absorbe irremisiblemente al otro y vuelve con perfecto automatismo el equilibrio social.

No importa que una institución se corrompa; siempre quedan otras sanas y unguidas de autoridad. Apoyándonos en cualquiera de ellas podremos disciplinar, corregir y curar la institución decadente (4).

Tales párrafos, aún de 1918, son quizá su primer atisbo de interpretación bélica de la Historia, lucha un tanto marxista. Hay una excelente captación del sentido militar, cuya esencia se cifra en «la moral», y ésta, a su vez,

(2) José Ramón Alonso: *Historia Política del Ejército Español*, pág. 489. Gonzalo Redondo: *Las Empresas Políticas de Ortega y Gasset*, 1, págs. 11 y 19. José Ruiz Castillo: «Evocación de Doña Rosa», art. en *El País*, 25-9-1980.

(3) Eduardo Ortega y Gasset «Mi hermano José»: «Cuadernos americanos» (mayo-junio 1956), p. 195.

(4) Ortega, *La verdadera cuestión española II*.

se expresa en «*el espíritu*». Con estos motores anímicos se impulsa la disciplina, y los poderes espirituales que mueven la fuerza material, sobreponiéndose a luchas internas, producen energías de prestigio, que es, en definitiva, lo que consigue la eficacia en la contienda. Explico militarmente, en trasposición, lo que Ortega explicaba en metáfora para mostrar su perfecto ajuste, su sensibilidad en términos muy depurados, profesionales. Su esencia es principio del tema de la guerra, que luego examinaremos, pero también hay implícito un anticipo de su comprensión del régimen de autoridad, previsible en ese poder de mayor prestigio que ha de ser el Ejército, que absorbe irremisiblemente al corrompido, para disciplinar y curar la institución decadente, gracias a la indiscutible autoridad que nace del prestigio. La intuición está clara, y años más tarde la hará explícita Ortega.

Patria y nación

En lo militar, Ortega es razonable, razonador y vital, vitalista. Como filósofo se alinea positivamente en todos los conceptos generales sobre aspectos metafísicos, psicológicos, éticos, de las ideas básicas de patria, fuerza armada, milicia y ejército, espíritu guerrero y virtudes militares.

La preocupación de Ortega por ampliar el concepto de patria, demasiado estático, atávico y terrestre, se muestra por primera vez en 1909. No solía él diferenciarlo del de nación, quizá confundiéndolo adrede porque ello favorecía sus propósitos. Eran días clave de la desgracia española, tres meses después del episodio del barranco del Lobo, cuando aún mordía la amargura del 98. Ortega aludía así a la idea de nación:

«En estos tristísimos días que han pasado... España no existe como nación. ¿Es que alguien llama nación a una línea geográfica dentro de la cual van y vienen los fantasmas de unos hombres, sobre los cadáveres de unos campos, bajo la tutela pomposa del espectro de un Estado?» (5).

Resulta manifiesto lo que no es una nación, geometría en la geografía, fantasmas en vez de hombres, cadáveres de tierra, espectro de un Estado, que se define bien como tutela más pomposa que efectiva. Está por ver el aspecto positivo de la nación, que cuajará, vertido hacia la Patria, y mejor hacia el patriotismo, cinco meses después, en una conferencia bilbaína, donde distinguía entre dos patriotismos, estático y espectacular el uno, que es amor de contemplación del pasado y el presente, según el cual la Patria es la tierra de los padres. El otro es dinámico y futurista, para el cual, la Patria es la tierra de los hijos, «*algo que no podrá existir como no pugnemos enérgicamente por realizarlo nosotros mismos, acción sin descanso, duro afán por realizar la idea de mejora*». Y concluía: «*El patriotismo verdadero es crítica de la tierra de los padres y construcción de la tierra de los hijos*».

Quedaban ya perfilados así los dos aspectos del patriotismo, entendiendo por tal el amor patrio, contemplativo el uno, de perfección el otro, con idea de mejorar la Patria, de la que Unamuno y Maeztu dirían que nos duele y José Antonio que no nos gusta. La idea adquiere su perfil orteguiano más agudo en la conclusión, que como siempre, abrocha su pensamiento helicoi-

(5) Ortega, discurso en el Ateneo de Madrid, el 15-10-1909, recogido bajo el título de los «*Dos patriotismos*», en *discursos políticos*, p. 42-44 (Alianza Ed., Madrid 1974).

dal. En 1916, había ensanchado el concepto, y la tesis adquiría firmeza y profundidad en este desarrollo más completo que figura en «*El espectador*»:

Hay dos maneras de patriotismo. Uno, mirar a la patria como la condenación del pasado y el conjunto de cosas gratas que nos ofrece el presente de la tierra en que nacemos. Las glorias más o menos legendarias, la belleza del cielo, el garbo de las mujeres... Como esta ahí, no hay más que mirarlo. Es el patriotismo inactivo, espectacular, estático, en que el alma se dedica a la fruición de lo existente, de lo que un hado venturoso le puso delante.

Hay otra noción de patria. No la tierra de los padres que decía Nietzsche, sino la tierra de los hijos. Patria no es el pasado y el presente, es, por el contrario, algo que todavía no existe, más aún, que no podrá existir como no pugnemos enérgicamente para realizarlo nosotros mismos. La Patria es una tarea a cumplir, un problema a resolver, un deber. Patriotismo dinámico y, como dice Gabriel Alomar, futurista, se ve precisado constantemente a combatir el otro patriotismo, quietista y voluptuoso. El patriotismo verdadero es crítica de la tierra de los padres y construcción de la tierra de los hijos (6).

Estas reiteraciones, y aún triplicaciones, con ligeras variantes, son habituales en Ortega; más cuando se trata de discursos que pasan a ser artículos y libros, pero casi siempre retocados y ampliados, sin grandes añadidos ideológicos, sino más bien retóricos y estilísticos. No cabe duda que estos conceptos afectaban y afectan al militar de profesión, al oficial de entonces y a muchos, que no lo son, de ahora. La vida militar es, ante todo, servicio a la Patria, y es esencial en ella su concepto.

Terminaba el año 1918 y Ortega volvía su mirada a la Patria, no para redondear viejos conceptos, sino desde un punto de vista tan nuevo y tan extraño en él, que lo proclamaba sentimental. Extraño, más no raro, porque Patria y patriotismo son, antes que nada, sentimientos:

La gracia de lo sentimental está en que da su justa flor allí donde viene a agostarse la razón. Y en estos días en que, con evidente inoportunidad, definen las gentes su vario patriotismo, permítaseme decir que el mío consiste en soñar una España habitada por veinte millones de agotadores de razón (7).

Había acabado la Gran Guerra en la que fueron cronistas de campaña los hombres del 98: Unamuno, Azorín, Maeztu, Valle Inclán, y otros más jóvenes afines, como Azaña y Pérez de Ayala, con uno mayor, Palacio Valdés. Eran días de definir el patriotismo en sentido positivo y claro, y por oportunidad, no digo oportunismo, Ortega, sin dejar de mirar el verdadero concepto, el de la tierra de los hijos, lo definía como sentimiento y sueño de quienes no podían hacer otra cosa porque habían agotado la agostada razón. Su concepto constructivo, aún con la gracia titubeante del puro esbozo se leía dos años después, en diciembre de 1920, en el primer artículo de la serie «Particularismo y acción directa», donde, acaso inconscientemente, al hablar del Estado, citaba la sustancia y la fuerza como dos integrantes, sin decir que la sustancia era la Patria y la fuerza, el Ejército; de modo que, en su incipiente

(6) *Los dos patriotismos*; en *El Espectador I*, 1916, p. 496.

(7) «Anatomía de un discurso»: «El Sol» (13-12-1918).

concepto, se encerraba un doble sentido militar: la fuerza armada de nada sirve si no está respaldada por el propio espíritu patriótico y el de toda su nación.

Motivaba su artículo la visible disgregación de clases sociales y regiones geográficas, que absorbía la savia del Estado y que hacía de desesperanza del futuro español:

En toda verdadera incorporación, la fuerza es un adjetivo; lo sustancial es un dogma nacional, un proyecto sugestivo de vida en común. Repudiamos toda interpretación estática de la convivencia nacional y sepamos entenderla dinámicamente. No viven las gentes sin más ni más y porque sí; esa cohesión a priori *sólo existe en la familia. Los grupos que integran un Estado viven juntos para algo; son una comunidad de propósitos, de anhelos, de grandes utilidades. No conviven por estar juntos, sino para hacer juntos algo* (8).

Eran tiempos de sombrío futuro en que no cabía optimismo al mirar adelante. El mismo Ortega ejercía de profeta de la España nueva, pero mirando hacia atrás, nada menos que a la España de formas de vida caducadas hacia cinco siglos, que ahora ofrecía para la renovación, coincidiendo sin saberlo, con Menéndez Pelayo, él, que nunca lo creyera, porque lo suyo era el Medievo, y lo del maestro montañés era el Imperio. Ortega había dicho en 1921 algo que glosaba un mote heráldico de signo militar: «*Nobleza obliga*», lo cual engarzaba su elogio y su esperanza:

Lema admirable de un época ferviente, transida por un generoso impulso de sesgo ascendente y creador.

La sociedad es la unidad dinámica espiritual que forman un ejemplar y sus dóciles.

Lo cual, para Redondo, no es sino fiel trasunto de la estructura marcadamente jerárquica del Medievo. Hay en ello un anticipo de la esencia de «*La rebelión de las masas*», cuyo argumento es que los mejores, los egregios, guíen a las masas, y éstas las sigan; pero es también un trasunto de la estructura disciplinar de la milicia, donde la subordinación es virtud obligada para quien debe mandar y obedecer a la vez, en cuánto ostente la más mínima jerarquía. Sin intención de serlo, el comentario de Ortega sirve como pensamiento militar.

Aquella división de conceptos de patria y patriotismo, dinámico y estático, tenía en párrafos de este año sus ejemplos históricos, incluso su exacta divisoria en la España imperial. Recordaba Redondo, al traernos la cita, que Sánchez Albornoz mencionaba con sentimiento «el cortocircuito de la modernidad española», y que Ortega ni siquiera lamentaba el cortocircuito, sino la modernidad misma (9). El texto de Ortega era:

De 1580 hasta el día, cuanto en España acontece es decadencia y desintegración. El proceso incorporativo ya en crecimiento hasta Felipe II. El año vigésimo de su reinado puede considerarse como la divisoria de los destinos peninsulares. Hasta su cima, la historia de España

(8) «Particularismo y acción directa» I: «El Sol» (16-12-1920).

(9) Gonzalo Redondo, *Las empresas políticas de José Ortega y Gasset II*. (Rialp, Madrid: 1970).

es ascendente y acumulativa: desde ella hasta nosotros es decadente y dispersiva.

Lo concretaba incluso para elaborar, según ello, nada menos que una definición de nación:

Una nación es una masa humana organizada, estructurada por una minoría de hombres selectos (10).

Es notable ver cómo el concepto de patria lo va consolidando y completando Ortega al compás de sus meditaciones sobre la decadencia española que presencia; por eso hay grandes pausas en la alternancia de las ideas abstractas y las visiones concretas, entre lo racional y lo vital de sus escritos. Cuando en 1922 aparece su «*España Invertebrada*», recoge en la página 26 aquella su primera formulación del dogma nacional de la convivencia para hacer juntos algo, del proyecto sugestivo de vida en común formulado dos años antes, sin más variantes que algún alargamiento de frases para mayor precisión.

Estamos otra vez de lleno en el tema de *La rebelión de las masas*, que se va desarrollando lentamente en párrafos periodísticos, pero que acaso se incrusten en los borradores de la obra ya germinada. Luego, a finales del año 1922, ofrecería su tercera versión del párrafo de dos años antes, ya incluido en «*España Invertebrada*».

La última alusión conocida al tema es de 1930. Bajo el título de «¿*Quién manda en el mundo?*», insistía por cuarta vez en explicar su concepto optimista del estado:

«El Estado no es consanguinidad, ni unidad lingüística, ni unidad territorial, ni contigüidad de habitación. No es nada material, inerte, dado y limitado. Es un puro dinamismo —la voluntad de hacer algo en común—; merced a ello, la idea estatal no está limitada por término físico alguno» (11).

Nunca, desde su primera formulación de tales términos en 1920, diez años antes, los atribuyó a un concepto de patria, sino al de Estado, pero indudablemente hay en ellos una gran conexión con sus dos ideas de patria, concretamente con la segunda, como objeto del patriotismo, que permite perfilar su conjunto como una definición moderna.

Una interpretación bélica de la historia

En los conceptos generales de la guerra rondaba Ortega ideas de lo que ya se llama Polemología, y para él eran de metafísica, fenomenología y ética del hecho bélico. Partía en sus ensayos de una revisión del pensamiento de Marx, Max Scheler y otros, para rectificarlos o mejorarlos, y sus ideas, aunque carezcan de matices de precisión profesional, los rondan y circundan de cerca con admirable intuición, colaborando a la claridad en el conocimiento civil de los principios militares básicos. Sus conceptos son ortodoxos en la filosofía castrense, lo son en general desde sus primeros escritos, pero en los últimos se afinan y depuran.

(10) «Patología nacional» I: «El Sol» (4-2-1922).

(11) «¿Quién manda en el mundo?» VII: «El Sol» (13-7-1930).

Hay que renunciar a la tentación de ver evolucionar el pensamiento de Ortega en la pura cronología de sus escritos, porque una mínima sistemática exige poner orden en los temas. Por eso hay que empezar por su visión global de la guerra como fenómeno humano, o inhumano, si se quiere. Entonces encontramos una afirmación amarga y realista en lo histórico, que hasta no hace mucho se tenía por axioma en las academias militares: si históricamente siempre ha habido guerras, hay que pensar que son inevitables. En esa misma línea dijo Ortega en 1918:

Es una puerilidad suponer que la norma en la vida sea la paz... La lucha entre los partidos, entre las clases u otras agrupaciones es el modo normal de convivencia colectiva (12).

Para el militar español de entonces no decía nada nuevo. Creía que la paz no es sino una pausa entre dos guerras y que la guerra está en la esencia de la naturaleza humana, siendo imprudente y suicida pensar lo contrario. El cristiano Villamartín, filósofo militar por excelencia, en quien todos bebían sus ideas, había dejado sentada inamoviblemente desde 1863 una definición lapidaria y de visible influencia marxista:

La guerra es el choque material de los elementos de daño y defensa de que disponen dos poderes sociales que se hallan en oposición de intereses (13).

El parentesco de ideas es visible, así como la común inspiración en un principio de lucha de clases, o de «poderes sociales». Con el tiempo, Ortega matizaría y se opondría al principio marxista, como Villamartín se mantendría bien lejos de tal ideología, centrado en la doctrina católica. Pasarian siete años hasta que Ortega definiese su oposición al materialismo en un artículo, titulado muy expresivamente, en octubre de 1925: «*La interpretación bélica de la Historia*», que, según piensa Redondo, posiblemente lo escribiría empujado por los recientes acontecimientos marroquíes del desembarco de Alhucemas, y suponía algo así como un intento de justificar, desde la óptica de la filosofía de la Historia, el gobierno dictatorial de entonces (14). No es sino una suposición muy gratuita, pues Ortega, aun escribiendo demasiado al hilo de hechos y noticias, nunca cedió al oportunismo en sus ideas, que podían ser apresuradas, pero no aduladoras, como se vio bien pronto respecto al Directorio, que es aquí referencia. La esencia de su «*Interpretación bélica de la Historia*» era ésta:

Sorprende que no se haya aprovechado más una insinuación que al desgaire hace ya Aristóteles en su Política cuando dice que, «en cada Estado, el soberano es el combatiente, y participan del Poder los que tienen armas».

Este pensamiento podría proporcionarnos una interpretación bélica de la historia que formaría el perfecto contrapunto a la interpretación económica. Según ella, la vida en cada época sería, no lo que fuesen los instrumentos de producción, sino al revés, los instrumentos de destrucción. Una modificación de las armas de combate aca-

(12) «La verdadera cuestión española» I: «El Sol» (12-8-1918).

(13) Francisco Villamartín, *Nociones de Arte Militar* (Selección) (Edit. Ejército, Madrid 1943) p. 19.

(14) Redondo, o.c. II, p. 60.

rrrearía una distinta configuración de la sociedad. La forma política se modelaría en la forma de la guerra, y el Poder público parecería siempre en las manos que tienen las armas (15).

Para quien ha leído ya su admiración por ciertos aspectos militares medievales y aun imperiales de España, encontrará que, en conexión con ellos, hay aquí cierto paralelismo con las expresiones de Maeztu que formulan la Monarquía militar en 1930, aunque la superposición sería desilusionante, por el distanciamiento de sus respectivas ideas en la época en que cada uno las formuló, a cinco años de distancia.

Dos años después estudiaba Ortega, en «*El Espectador*», con más detenimiento, el fenómeno de la guerra, haciendo algunas precisiones sobre la interpretación bélica de la Historia, que pueden resumirse así:

La interpretación bélica de la Historia tiene de común con la idea de Marx la convicción previa de que la realidad histórica es lucha y que, en ella, quienes luchan más que los hombres son los instrumentos... No fue Marx quien inventó el mecanismo de la lucha como explicación de los cambios históricos. Guizot interpreta ya la historia de Francia como perpetua colisión entre dos clases: nobles y burguesía, que se verifica en el campo jurídico. Marx no hizo sino transponer la sustancia «clarificadora», del derecho a la economía, siguiendo a Saint-Simón, verdadero padre de la criatura. Yo sospecho que esa es una falsa historia, que se fija sólo en el «pathos» y no el «ethos» de la convivencia humana; es una historia de sus frenesíes, no de su pulso normal; en suma, no es una historia, sino más bien un folletín. Pero es, claro está, de por sí revelador que en el siglo pasado, no hubiese oído más que para las desafinaciones históricas

Para sugerir algo de lo que podría entenderse por «interpretación bélica de la Historia», subrayaré este hecho: Europa hubiera sido imposible sin Roma, que crea como su primer esquema y cimiento de organización. Pero a su vez, Roma no habría existido sin Grecia. Por una razón sencilla. Hay un momento en que el Occidente parece condenado a la orientalización. Es la época en que la formidable nación persa se lanza sobre nuestro continente. Grecia desnuda su poderío con Milciades y Temístocles en Maratón y Platea. ¿Magia? Ninguna. Todo lo contrario. Una clara invención de la vivaz mente helénica. Grecia, Roma, Europa, han sido posibles gracias a la falange (16).

Con ello está lograda, de modo muy explícito y con brillante viveza, la introducción firme a su argumento bélico para entender la historia. Valientemente sale al paso del reparo estudiantil y profesional a que la historia tenga por eje una sucesión de guerras. Ortega explica que es así porque así fue desde Grecia, y lo ampliará y completará, aunque ya ha señalado antes un hito en la historia de la Francia contemporánea. Luego llama en su ayuda al que considera el mejor historiador del arte bélico, Hans Delbrück, y nos aporta un largo párrafo suyo en el que examina el nacimiento de la cohesión como factor táctico, porque «*los héroes homéricos son combatientes singulares*». Ortega acepta su planteamiento y nos lo explica con su propio estilo, pero

(15) «La interpretación bélica de la Historia»: «*El Sol*» (3-10-1925).

(16) «La interpretación bélica de la Historia», en *El Espectador II*, p. 273 y ss., 1917.

ello interesa más al concepto del Ejército, que luego examinamos.

Aquel mismo año y en el mismo libro profundizaba sobre la idea común de la guerra como hecho inherente a la vida animal y, de la mano de Max Scheler, encontraba, por encima de ello, ser *«algo específicamente humano»* que no se concibe como expresión rectilínea de la vida infrahumana. Agarrado a Scheler explicaba:

La guerra no es mera expansión de la violencia física, a la cual abandona su puesto la espiritualidad racional cuando se siente impotente, sino que es una controversia de poderío y voluntad entre las personas espirituales colectivas que llamamos Estados. La finalidad última de ella es máximo dominio espiritual sobre la tierra. También poderío es espíritu... Poderío es una idea que tiene su base en el sentimiento de la propia voluntad y eficacia.

Aclaraba luego que, siendo esencial a la guerra el empleo de medios físicos y violentos, dentro de la idea bélica éstos sólo representan el papel de *«esteriorizadores del poderío y su comprobación»*. Anticipaba así ideas de la guerra disuasiva y sugeriría una frase muy plástica, que era apoyo remoto de uno y otro concepto, el *«estos son mis poderes»* de Cisneros. Encontraba en ello la explicación de que jamás se hubieran puesto en juego durante una guerra todas las energías de violencia que los beligerantes poseían, sino que había bastado con aquel mínimo de ellas que, al enfrentarse, indicaban claramente el estado de equilibrio o la superioridad entre las potencias respectivas. Y concluía así su explicación personal de las ideas de Max Scheler:

De esta suerte, la batalla viene a ser sólo la muestra del poder, su índice.

Por con siguiente, el ejercicio de la violencia, con su resultado de matanzas, etc., que es donde se detiene preferentemente la interpretación naturalista de la guerra, no forma el núcleo de ésta: es sólo su manifestación, medida y señal de las energías de voluntad que entran en conflicto.

Basta esto, según Scheler, para distinguir el fenómeno guerrero de toda lucha por la existencia. En la guerra se lucha por algo superior a la existencia: se lucha por el poderío y por lo que de él depende y con él coincide: *la libertad política*.

Había que aclarar, y lo aclaraba, que, por lo mismo, no son guerra las labores de exterminio contra los indios y los negros; ésas sí que son «caza» de una especie a otra, porque:

La verdadera guerra no busca el aniquilamiento de agrupaciones humanas naturales, sino un nuevo reparto del poderío espiritual colectivo sobre esas unidades naturales.

Así concluía Ortega explicándonos la teoría de Max Scheler, que la guerra tendrá un origen vital, pero opuesto al que se supone que rige la existencia animal. No es el hambre, sino, al contrario, la abundancia, la sobra de energías, lo que suscita la guerra, y en la perspectiva histórica, el acto bélico aparece como el verdaderamente organizador; es éste lo que lleva a ser unidad de pueblo a las hordas y les da una estructura política estable. Max Scheler llega tan lejos como es el planteamiento de un postulado paradójico: los

períodos de paz son posibles merced a los períodos de guerra. La guerra es, por esencia, el principio dinámico de la Historia, mientras que la obra pacífica es una actividad de «adaptación» al sistema dinámico de poderes determinado por la guerra precedente. La paz sólo es, pues, el principio estático de la historia, mientras que en toda guerra se verifica un retorno a la originalidad creadora de donde nació el Estado (17).

Con este haz de conceptos que aquí he resumido, cerraba Ortega, comentando a Max Scheler su interpretación bélica de la Historia, cosa que para él era básica en el planteamiento mismo de la filosofía de la guerra.

No había contradicción con Scheler en sus conceptos históricos y fenomenológicos sobre la guerra, sino en los metafísicos y éticos. A los primeros dedicaba Scheler uno de los capítulos de su libro, que Ortega encontraba demasiado «imperativo» y hartó poco probatorio, y nos copia una página que le repugna a su razón, en la que dice: «En la hora bélica creemos ver y como palpar ese enorme ser espiritual del que somos miembros. Cada uno percibe que es mucho más evidente la existencia de la nación que la suya propia», y culminan su interpretación metafísica en el supremo símil de la unión con Dios en el amor divino, con lo cual Scheler da a la guerra un significado místico: la guerra como juicio de Dios. Ortega rebatía así tales ideas:

Identifica, sin pretexto alguno, la voluntad de Estado con una aptitud especial, ajena en su esencia a aquella, cual es el temperamento y el arte de guerrear. Es completamente gratuito confundir ambas cosas. Así podrá darse el caso de dos pueblos, uno de ellos muy poco numeroso, pero con muy intensa voluntad de Estado; otro enorme en extensión y población, pero de escasa cohesión política. El hecho brutal de este desequilibrio traería consigo la derrota del primer pueblo. Es decir que, según Scheler, en cada época de la Historia resultaría injusta la presencia de Estados cuyo número de habitantes fuese inferior a cierto cómputo. Esto es absurdo y en cierto grado irritante.

Buena lección de que así es reciben ahora los alemanes, que no han querido recordar la perpetua enseñanza de la Historia. Pues como ahora (Gran Guerra) siempre el Estado poderoso es la culminación de sus energías guerreras precisamente, ha provocado la alianza transitoria de los débiles, que juntos lo han vencido y lo han deshecho. Tan lejos anda la guerra de dar el triunfo a quien, desde el punto de vista del poderío, más lo merece (18).

El general Montero recuerda que por las fechas en que Ortega concluía su último tomo de «*El Espectador*», la escuela polemóloga que Gastón Bouthul fundó en 1945 variaba por completo la fenomenología de la guerra, interpretando que el conflicto bélico es investigable y funcionalmente evitable en el futuro, porque «el fenómeno de la guerra no se concibe fuera del clima particular que la superpoblación crea como estructura demográfica adecuada», por lo cual, en su opinión, «la guerra no parece ser un hecho primitivo, sino más bien un fenómeno que se añade fatalmente a otro, un epifenómeno

(17) Ibid.

(18) «Ética y metafísica de la guerra», en *El Espectador* II 1917, p. 203 y ss.

o manifestación febril de desequilibrios sociales, principalmente demográficos», teoría que trata de alejar de la mente el tópico del fatalismo histórico que considera inevitables las guerras.

Quedaba por examinar el aspecto ético de la guerra. Ortega, en pasajes de muy distintos textos, se mostraba decididamente antipacifista. Desde 1914, en un contexto lateral al que nos ocupa, donde decía: «esta premeditada renuncia a la lucha se ha realizado alguna vez y en alguna parte, en otra forma que no sea la complicidad y el amigable reparto» (19).

En 1927 entraba a fondo en el tema del pacifismo, haciendo su crítica:

Fácil es descubrir el absurdo de ciertas acusaciones que contra la guerra suelen hallarse en algunos periódicos y partidos excesivos; por ejemplo, su interpretación como «matanza». Porque en todo tiempo se ha reconocido ser esencial del asesinato que la voluntad comience por negar la existencia de una persona individual como persona, arrebatándole, por decirlo así, su ser y dignidad. Más nada de eso encontramos en la guerra. Las guerras no van dirigidas contra individuos, sino contra Estados, y esto, comúnmente, tras precedente declaración y libérrimo acuerdo. Su fin principal es el desarme del Estado enemigo o de su gobierno, no la matanza de hombres. Y en la batalla no se halla, ante la visión espiritual de los soldados, una suma de individuos y personas, como enemigos, sino el poder colectivo del adversario, en calidad de instrumento del gobierno hostil, cuya voluntad actúa en el conjunto de ese poder. Esto bastaría por completo para diferenciar la conciencia de la guerra de la del asesinato (20).

La formulación es exacta. Después se han estereotipado los tópicos: «*En el Ejército se aprende a matar*», como si fuese éste una escuela de criminalidad, olvidando que el fin de la guerra es destruir la moral combativa del enemigo, o su voluntad de defensa, mediante la destrucción o neutralización de sus armas. Eso es lo que pretendían los tratadistas, desde Epaminondas hasta Clausewitz, cuando hablaban de destruir al enemigo. El general Cuartero comentaba con humor la posibilidad de unos gases de «*envolvimiento sensorial*» que dejarían dormido al enemigo durante el tiempo necesario para hacerle prisionero. La finalidad de la guerra no es matar; la muerte de cada enemigo es un accidente, no un fin. Puede pensarse que son distinciones metafísicas, pero en ellas se funda la común idea soldadesca de que para no perder acometividad hay que evitar la mirada a los ojos del enemigo. Porque entonces tendría que atacar una persona individualizada.

Ortega sigue el desarrollo de su pensamiento con nuevas razones:

Pero, además de esto, toda guerra que lo es verdaderamente, descansa, de igual suerte que el duelo, en el principio caballeresco que implica el respeto a la afirmación de la persona del contrario y hasta incluye que sea ésta, en el acto mismo dirigido a destruir su organismo, tanto más profunda y cordialmente afirmada y estimada cuanto me-

(19) *Vieja y nueva política*, Madrid 1914.

(20) «Guerra y ética de Scheler», en *El Espectador* II 1917, p. 194 ss., y «En cuanto al pacifismo», en *El Espectador* II 1917, °. 286 ss.

jor y más eficazmente responde al golpe con un contragolpe, tal vez mortal. Este matar es un matar sin odio, es un matar con ánimo de la más alta estimación. De aquí proviene la majestad de la terrible obra.

Parece aquí que Ortega se eleva demasiado en su estética, y poco faltaría para que la última frase le inspirase un ensayo sobre «*la guerra considerada como artística*»; tal es la resonancia vagneriana de aplicarle a la guerra la aureola de majestad terrible. Pero sabe Ortega calar hondamente el sentido individual del guerrero en su matar sin odio, no imaginando en 1927 que nueve años después, una frase semejante, «*Tirad sin odio*», sería consigna apostólica del «Angel del Alcázar» que se repetiría en el mundo. La ví glosada en un poema de mi amigo, muerto, Antonio Gutiérrez Martín: «Yo combatí sin odio. Os lo juro por la santa memoria de mi madre que combatí sin odio». No era un poeta cualquiera, su libro, publicado en 1939, al terminar la guerra, llevaba un prólogo de ocho apretadas páginas en folio, de Pemán (21). Pero sigamos el artículo de Ortega, que va creciendo en pensamiento y en literatura:

De aquí proviene la majestad de la terrible obra. Por ella ha ido siempre unido en la historia el derecho de guerrear a cualidades perfectamente circunscritas, sobre todo, al reconocimiento del hombre armado como una persona libre. Podrá la lucha cuerpo a cuerpo encender furia, ira, momentánea ansia de venganza; pero el odio al enemigo es un elemento completamente ajeno a la verdadera guerra. El disparo de un sólo francotirador suscita mayor deseo de venganza y odio que la más grave derrota causada por las fuerzas regulares. Sólo a pueblos exentos de condición guerrera, blandos, sensuales y cobardes, como, por ejemplo, ahora los belgas, les falta el don de distinguir entre la muerte cabelleresca que se da en la guerra y el vulgar asesinato cometido por el francotirador. ¡Aquella doctrina naturalista de la guerra como matanza vendría a «justificar» a estos pueblos cobardes y débiles! ¡Bastante, pues, lo dicho contra esa idea, necia y abyecta, que hace de la guerra una matanza!.

Tras lo cual, Ortega entra en contradicción con Max Scheler, del que acepta que en la guerra hay justamente un motor biológico y un impulso espiritual, que son altos valores de la humanidad, y afirma, en consecuencia, que «el ansia de dominio, la voluntad de que lo superior organice y rija a lo inferior, constituyen dos soberanos impulsos morales». Luego discrepa de Scheler: la paz no es tan pacífica como él dice, reducido por él a esos términos el fenómeno bélico; todo era muy sencillo, pero Ortega distingue que, si en la guerra «hay» eso, la guerra no «es» eso, porque «no sólo con la espada en la mano se aspira a ejercer influencia sobre los demás, sino con la pluma en la misma mano; no sólo en la trinchera, sino en la conversación, en todas las formas del trato social y de la producción intelectual e industrial», lo cual le llevaba a concluir: «El *poderío espiritual* y la guerra no son, por tanto, una misma cosa». Con eso se concretaba y distinguía uno de los aspectos que

(21) Antonio Gutiérrez Martín, *Algo más* Ediciones Verba, Cádiz, 1939, 110 págs.

hay en la guerra, el espiritual, y pasa a limitar también el otro, el de la fuerza física:

Ahora bien: esa «fuerza bruta» no es tal. Si lo fuera, esta perdurable tragedia del hecho guerrero, que atraviesa la Historia de punta a punta, habría sido hace tiempo resuelta. Scheler insiste muy acertadamente en que esa fuerza bruta es fuerza espiritual. Bruto es el cañón una vez hecho, cargado y en puntería; pero todo eso, cañón, carga y puntería, es una condensación de energías espirituales: saber, buen orden, constancia, laboriosidad, previsión, etc. He aquí lo terrible, señores «*progresistas*», o como Nietzsche diría, señores «*filisteos de la cultura*»; he ahí lo terrible: que el espíritu sea susceptible de convertirse en fuerza bruta, que la fuerza bruta sea a la par fuerza moral. Esta lealtad tiene que tener con el problema quien ambicione lealmente la solución. Lo demás son palabras sin consecuencias. Desde Tibulo, se llama «*ferus et vere ferreus*» al que saca la espada, y desde Tibulo, con ejemplar perseverancia, la espada sigue su siega periódica de poéticas gargantas (22).

Todo venía referido al *pacifismo*, en una refutación construida en 1917 sobre la marcha misma de la Gran Guerra. Veinte años después, en 1937, volvería sobre el tema «En cuanto al pacifismo», en su prólogo para ingleses de *la rebelión de las masas*, donde nos ofrecía un extenso estudio sobre este punto, al que se había decidido, según explicaba, porque, desde hacía veinte años, Inglaterra —su gobierno y su opinión pública— se había embarcado en el pacifismo, con lo cual se veía obligado a aclarar la ambigüedad del término, pues cometemos el error de designar bajo ese único nombre actitudes tan diferentes que, en la práctica, resultan con frecuencia antagónicas:

Hay, en efecto, muchas formas de pacifismo. Lo único que entre ellas existe de común es una cosa muy vaga: la creencia en que la guerra es un mal y la aspiración a eliminarla como medio de trato entre los hombres. Pero los pacifistas comienzan a discrepar en cuanto dan el paso inmediato y se preguntan hasta qué punto es en absoluto posible la desaparición de las guerras. En fin, las divergencias se hacen superlativas cuando se ponen a pensar en los medios que exige una instauración de la paz sobre un pugnacísimo globo terráqueo.

La realidad actual nos facilita desgraciadamente el asunto. Es un hecho demasiado notorio que el pacifismo inglés ha fracasado. Lo cual significa que ese pacifismo fue un error. El fracaso ha sido tan grande, tan rotundo, que alguien tendría derecho a revisar radicalmente la cuestión y a preguntarse si no es un error todo pacifismo» (23).

Los veinte años de pacifismo inglés iban desde 1917, en plena guerra, a 1937, en vísperas de otra guerra. Ortega creía que acaso fuese más útil de lo que parece el estudio completo de las diferentes formas de pacifismo, creyen-

(22) «Guerra y ética de Scheler», en *El Espectador* II 1917, p. 1917, p. 194 ss; «En cuanto al pacifismo», en *El Espectador* IV 1930, p. 286 ss.

(23) «En cuanto al pacifismo», en *La rebelión de las masas* 15.ª Ed. Espasa-Calpe, Col. Austral 7. Epílogo para ingleses, París 1937, p. 166-188.

do que del estudio emergería no poca verdad, pero pensaba que no le correspondía hacerlo a él entonces, aunque en tal análisis quedaría definido con cierta precisión el peculiar pacifismo inglés. Trataba luego de comprenderlo y suponer que su aspiración a la paz del mundo era una excelente aspiración, lo cual subrayaba más el error del resto, es decir, su apreciación de las posibilidades de paz que el mundo ofrecía y en la conducta que había de seguir quien pretendiese ser pacifista de verdad. Suponia que los ingleses se disponían ya serena y decididamente a rectificar el enorme error que su pacifismo había sido durante veinte años y a sustituido por otro más perspicaz y más eficiente. Encontraba que el mayor defecto inglés y de todos los titulares del pacifismo había sido subestimar al enemigo, lo cual les inspiró un diagnóstico falso.

El pacifista —generalizaba ya Ortega— ve en la guerra un daño, un crimen o un vicio; pero olvida que antes que eso y por encima de eso, la guerra es un enorme esfuerzo que hacen los hombres para resolver ciertos conflictos. «La guerra no es instinto, sino invento; los animales la desconocen y es de pura institución humana, como la ciencia de la administración. Ella llevó a uno de los mayores descubrimientos, base de toda civilización: el descubrimiento de la disciplina. El pacifismo está perdido y se convierte en nula beatría si no tiene presente que la guerra es una genial y formidable técnica de vida y para la vida». Y aún nos sorprendería diciendo:

Si la guerra hubiese muerto, habríamos llegado a una situación totalmente nueva en la historia humana. Como la guerra es siempre un acontecimiento terrible, nuestro primer movimiento sería de contento. Pero tenemos obligación de reflexionar seriamente sobre lo que la muerte de la guerra significa.

Tras esas precisiones sobre la guerra y los errores de abstracción del pacifismo, aún distinguía Ortega, en su gran ensayo «En cuanto al pacifismo», de su prólogo para ingleses a *La rebelión de las masas*, y en ello se acercaba mucho a las optimistas previsiones de la polemología actual, aunque con más intuición que optimismo:

Como toda forma histórica, tiene la guerra dos aspectos: el de la hora de su invención y el de la hora de su superación. En la hora de su invención significó un progreso incalculable. Hoy, cuando se aspira a superarla, vemos de ella sólo la sucia espalda, su horror, su tosquedad, su insuficiencia... Porque antes lo que se hacía era matar a todos los vencidos. Fue un genio bienhechor el primero que ideó, en vez de matar a los prisioneros, conservarles la vida y aprovechar su labor.

Hasta ahora sólo había insistido Ortega en explicar las raíces y causas del fenómeno guerra, despojándolo de todo tópico pacifista, encarándolo en su totalidad histórica, para que al enfrentar su realidad y su habitualidad, su contemplación no nos llevase al desánimo, sino a explicar nuestros errores, resolviéndonos a estudiar el fenómeno a fondo, para descubrir sin piedad sus gérmenes y construir la nueva concepción de las cosas que el exámen nos proporcione. Ahora es cuando aporta, serenamente, la invitación concreta y las bases de un plan de pacifismo constructivo y no planífero, algo que el ge-

neral Montero no subrayó, porque no se ocupó de este texto, sino de otro muy anterior, pero que seguramente hubiera complacido, como sugerencia, a Gastón Bouthul, el polemólogo:

Por desconocer todo esto, que es elemental, el pacifismo se ha hecho su tarea demasiado fácil. Pensó que para eliminar la guerra bastaba con no hacerla, o a lo sumo, con trabajar en que no se hiciese. Como veía en ella sólo una excrecencia superflua y morbosa aparecida en el trato humano, creyó que bastaba con extirparla y que no *era necesario sustituirla*. Pero el enorme esfuerzo que es la guerra sólo puede evitarse si se entiende por paz un esfuerzo todavía mayor, un sistema de esfuerzos complicadísimos y que, en parte, requiere la venturosa intervención del genio. Lo otro es un puro error.

Lo otro es interpretar la paz como el simple hueco que la guerra dejaría si desapareciese; la paz es una cosa que hay que hacer, que hay que fabricar, poniendo a la faena todas las potencias humanas. La paz no «está ahí», sencillamente, presta sin más para que el hombre la goce.

Comparaba el caso con el de cualquier logro humano importante, que requiere sudor del hombre y no lo obtiene como regalo, como fruto espontáneo de un árbol; no hay árboles que den frutos de paz, y recordaba que el título más claro de la especie humana es el de «homo faber», por eso mismo. Tras lo cual entraba en el exámen de la única ocurrencia pacifista en el terreno de las realizaciones prácticas: el desarme y, en consecuencia con él, la declaración solemne de los países que renunciaban a la guerra. Aludía como ejemplo a Inglaterra, pero sin duda le punzaba el recuerdo irónico de aquel artículo inicial de la constitución republicana, estampado inutilmente: «España renuncia a la guerra como instrumento de política nacional». La explicación de Ortega decía:

Si se atiende a todo esto, ¿no os parecerá sorprendente la creencia en que ha estado Inglaterra de que lo más que podía hacer en pro de la paz era desarmar, un hacer que se asemeja tanto a un puro omitir?. El error de diagnóstico que le sirve de base es la idea de que la guerra procede simplemente de las pasiones de los hombres, y que si se reprime el apasionamiento, el belicismo quedará asfixiado... Imagínemos que en un cierto momento todos los hombres renunciases a la guerra... ¿Se cree que basta eso, más aún, que con ello se habría dado el más leve paso eficiente en el sentido de la paz? ¡Grande error!... La renuncia a la guerra no suprime estos conflictos. Al contrario, los dejaría intactos y menos resueltos que nunca, porque los conflictos reclamarían solución, y mientras no se inventase otro medio, la guerra reaparecería inexorablemente en ese imaginario planeta habitado sólo por pacifistas.

No es, pues, la voluntad de paz lo que importa últimamente en el pacifismo. Es preciso que este vocablo deje de significar una buena intención y represente un sistema de nuevos medios de trato entre los hombres. No se espere en este orden nada fértil mientras el pacifis-

mo, de ser gratuito y cómodo deseo, no pase a ser un difícil conjunto de nuevas técnicas (24).

Por esas nuevas técnicas andamos en escuelas de estudios sociales, de polemología, investigación científica para descubrir los caminos de un mundo sin guerras, en la que la sociología y la demografía son apenas dos ciencias iniciales en la complicada maraña de disciplinas convergentes, que todas serán poco sin la ayuda de un derecho internacional completo, humano y generoso, universalmente respetado.

Faltaban las técnicas jurídicas y prácticas, pero lo que faltaba esencialmente era el genio capaz de crearlas e imponerlas que antes reclamó. En su primer trabajo lo había dicho ya: «En cuanto al pacifismo, es preciso primero que algunos hombres especialmente inspirados descubran ciertas ideas o principios de derecho». No citaba, porque no era lo suyo, que esa era la doctrina cristiana, que estableció como saludo un deseo de paz y que estaba fundada por un Hombre especialmente inspirado. Pero ni era su fuerte el tema religioso ni los pacifismos se plantean por ese camino.

Y vale la pena cerrar este apartado con dos notas finales que dan el tono estético del pensamiento de Ortega sobre la guerra, en contraste con otro tono ético anterior. En lo moral encontraba primero una comprensión de la barbarie:

Al hombre del siglo pasado... la guerra le parecía una cosa bárbara —lo cual es rigurosamente verdad—, y la barbarie le parecía absolutamente mal, lo cual no es ya tan evidente (25).

Tras lo cual, no mucho después, se permitía una estimación artística de la guerra, la segunda que encontramos, que en su tiempo debería resultar escandalosa:

La prosa de Cohen, hablada o escrita, era de índole bélica, y, como casi siempre, lo bélico, aunque un poco barroco, es profundamente elegante (26).

No pensaría lo mucho de bélico que íbamos a sacar en sus propios textos, ciertamente llamativos por su belleza literaria, y también un poco barrocos. En la literatura de todos los tiempos, no menos en el nuestro, ha destacado el género bélico más o menos concreto.

El ejército, el guerrero y el militar

Si hemos examinado un tanto largamente el pensamiento de Ortega sobre la patria y la guerra es porque, a nuestro entender, son los dos axiomas que fundamentan la existencia del Ejército, tema que, en su planteamiento general y elevado, era muy caro a Ortega, algunas de cuyas frases respecto a él se han hecho populares, tanto o más que las otras dos que sintetizan sus ideas sobre los dos conceptos anteriores. Conviene aclarar, si es que no lo hemos hecho, que Ortega nunca habló mal del Ejército como institución, es de-

(24) *La rebelión de las masas, prólogo para alemanes*, p. 45.

(25) «Notas del vago estío», VI. «El Espíritu guerrero», en *El Espectador* V (1927).

(26) *La rebelión de las masas. Prólogo para alemanes*, p. 45, 1930.

cir, en abstracto, señalando en cambio, con dureza incluso, los viciosos extremos que veía o conocía en la milicia, española o extraña, valga esto como aclaración a lo dicho por Marrero, que es cierto en parte. Añadamos también que Ortega, como los sabios, o los pensadores, era hombre de rectificación; su actividad periodística le llevaba a tomar partido sobre los sucesos militares del día, acaso con entusiasmo, y su espíritu idealista y crítico le hacía destacar enseguida los primeros errores y su disconformidad general con lo instituido; lo veremos en pormenor en su momento.

Curiosamente, destaca su entusiasmo militar en el primero y el último de sus escritos sobre el tema. El buen método histórico nos pide empezar por el postrero: en su prólogo a las *Aventuras del Capitán-Alonso de Contreras*, que escribió con verdadero deleite y documentación, está a la vista, en 1943, donde llaman la atención sus precisiones sobre el nacimiento del Ejército moderno, organizado por Fernando el Católico, con certeros atisbos en lo que toca al arte de la guerra, del que Ortega debía de ser un atento lector circunstancial, no más que aficionado:

Fernando el Católico es el primer rey que comprende ser necesaria al Estado una nueva forma de ejércitos, un ejército que sirva para ganar batallas, fabricado a medida de esta finalidad y no para pasear pendones y dar lugar al heroísmo singular del romance fronterizo. Tal vez delante de Málaga se hace el primer ensayo, aún muy rudimentario y tullido, de un ejército moderno... en el que nada funciona bien..., pero se había sentado el principio, y de la fusión entre aquellas dos fuerzas dispares —la de la tradición y la del nuevo estilo— surgió no mucho después el *tercio castellano*, prefiguración de todos los ejércitos posteriores hasta la Revolución Francesa y, aún en ciertos caracteres, hasta la fecha actual (27).

Vemos, primero, con qué naturalidad narra el hecho bélico en sí, sin prejuicios ni remilgos, como quien está metido de lleno en el ambiente; luego, sus afirmaciones rotundas, en las que habría mucho que distinguir, dando plenitud y actualidad al primer tercio castellano, nada menos que hasta nuestros días, tan artificiosos militarmente hablando, y aún en los suyos de 1943, en plena guerra mundial. Tras ello, nos explica en su largo prólogo cómo era el soldado de 1600 en el tercio castellano, del que Alonso de Contreras se nos muestra como magnífico ejemplar, que, si llega a capitán, gusta a Ortega admirarle de soldado, entre otras cosas para señalar matices históricos diferenciales y decir que el soldado es la última etapa de una evolución en la que primero fue el guerrero, luego el caballero y, después, el militar.

Pero esta admiración por los hombres de guerra se había mantenido viva en Ortega desde casi sus escritos iniciales; el primero en que nos lo muestra esta en *Vieja y nueva política*, donde afirma que Riego y Narváez, aunque como pensadores fueran un par de desventurados, como seres vivos resultaban dos «altas llamaradas de esfuerzo». En el mismo año 1914, en las *Meditaciones del Quijote*, contempla con estima y fraseología militar a los espa-

(27) Prólogo a *Las aventuras del capitán Alonso Contreras* Alianza Ed., Madrid 1967, p. 7-42.

ñoles de los primeros cincuenta años del siglo XIX, «los de las guerras civiles», dice, y luego explica:

Porque, si no había en ellos complejidad, reflexión, plenitud de intelecto, tenían, sin embargo, su coraje, esfuerzo, dinamismo. Se trataba de seres vivos, verdaderas altas llamaradas del esfuerzo, esplendores de un incendio de energías; los dinamisismos fueron viniendo a tierra como proyectiles que han cumplido su parábola en el vivir hueco de la Restauración. ¿Esta premeditada renuncia a la lucha, se ha realizado alguna vez y en alguna parte, en otra forma que no sea la complicidad y el amigable reparto? (28).

De llevar a su último extremo, estos juicios, veríamos en sus consecuencias últimas una justificación de la guerra civil, más freudiana que espiritual; pero sabemos que Ortega no llegaba hasta ahí, como hemos visto en *Unamuno*.

Aquel primer libro, *Meditaciones del Quijote*, contenía un análisis y un elogio del héroe, a quien ya entonces veía, en su concepto clásico, enfrentado, no con la adversidad, sino con la circunstancia. Luego hubiera podido decir, y ya lo apuntaba entonces, que el hombre del «yo y mi circunstancia» es el hombre normal, vulgar, el hombre masa; pero el héroe, como selecto en extremo, lucha contra su circunstancia si le es adversa, se sobrepone a ella y, normalmente, muere en el empeño. No sé si luego lo llegó a explicar así Ortega; entonces decía esto, que indudablemente se refería al héroe militar:

Aspiran los héroes a que las cosas lleven un curso distinto: se niegan a repetir los gestos que la costumbre, la tradición y, en resumen, los instintos biológicos les fuerzan a hacer. A estos hombres llamamos héroes. Porque ser héroe consiste en ser uno, uno mismo. Si nos resistimos a que la herencia, a que la circunstancia nos imponga unas acciones determinadas, es que buscamos asentar en nosotros el origen de nuestros actos. Cuando el héroe quiere, no son los antepasados en él o los usos del presente quienes quieren, sino él mismo. Y este querer él ser él mismo es la heroicidad (29).

Entre abundantes citas orteguianas respecto del Ejército hay que atender a una estructura mínima de su pensamiento para presentarlo con el mínimo orden deseable, pero también importa la cronología, y en ella, nuestra tercera nota es la única de tono desfavorable, bien que se trata de una sola frase en un contexto enumerativo de inconvenientes. Era en un artículo de *El Sol*, a propósito de las ventajas de la joven América, cuyo frescor político envidiaba:

América, exenta de pasado, no arrastra otra obra muerta: Sus órganos están en plena vigencia. No pesa sobre ella la Iglesia, no pesa la aristocracia genealógica, *no pesa el arcaico espíritu militar*, no sufre la tradición de las añejas burocracias. América es toda de hoy, es pura modernidad (30).

(28) *Meditaciones del Quijote*, Madrid, 1914 en *Obras completas* I, p. 389.

(29) *Ibid.*

(30) «Los momentos supremos, España entre las Naciones»: «El Sol» (17-10-1918).

Aún es la época eufórica de Ortega, un tanto violenta en lo político y lo religioso —no adjetiva la Iglesia acaso porque en sí misma ve expresados sus males—, y el peso del espíritu militar más parece residir en su arcaísmo que en su esencia, aunque, expuesto así, duda el lector de si el espíritu militar es arcaico siempre o uno arcaico y otro moderno. Tampoco hay que buscar muchas vueltas a un párrafo que canta a la modernidad, el único que presenta un reparo al espíritu militar, porque el próximo de nuestras fichas es de elogio:

En tal sesgo, muy distinto del que suele emplearse, debe un pueblo sentir su honor vinculado a su Ejército, no por ser el instrumento por el que puede castigar las ofensas que otra nación le infiera: éste es un honor externo, vano, hacia fuera. Lo importante es que un pueblo advierta que el grado de perfección de su Ejército mide con pasmosa exactitud los quilates de moralidad y vitalidad nacionales. Raza que no se siente ante sí misma deshonrada por la incompetencia de su organismo guerrero, es que se halla profundamente enferma e incapaz de agarrarse al planeta (31).

El tema era importante entonces y actualísimo hoy, tanto que se presta a esas peticiones de titular «Ejército del pueblo» al que lo es del Estado, la Nación o la Patria, a hablar de simbiosis entre pueblo y Ejército, como si éste no fuese una parte de él, pero sin entrar en búsquedas de precisiones sustantivas que van desde concebir al Ejército como personificación de la nacionalidad, pasando por verlo como uno de los elementos del Poder, «la fuerza que respalda su autoridad», a ser «la columna vertebral de la Patria» o sólo su «brazo armado», que algunos quieren dejar en «brazo armado del Gobierno»; la distinción que aquí hace Ortega es esencial y ortodoxa, al ver en el Ejército, más aún que el brazo sustentador del honor nacional, su defensor y mantenedor, la expresión misma de las virtudes de la raza, concentradas en él como en una «religión de hombres honrados», en verso calderoniano, entregados al servicio nacional en una ecuación de servicio que identifica el propio honor con el honor patrio, el honor de su pueblo, lo cual se comprende mejor que nunca en situaciones límite; y aquel 1918 en que esto escribía Ortega, lo comprendían bien los europeos, unos en un límite y otros en otro, aunque España vivía momentos desgraciados de politización militar.

Pero es en *España invertebrada*, aquel mismo año de 1922, donde se desarrolla una amplia teoría sobre la necesidad del Ejército, y aún se alza su loa hasta ver en él «una de las creaciones más maravillosas de la espiritualidad humana». Su razonamiento empieza por la justificación de la fuerza armada en un país:

Yo siento mucho no coincidir con el pacifismo contemporáneo en su antipatía hacia la fuerza; sin ella no habría habido nada de lo que más nos importa en el pasado, y si la excluimos del porvenir, sólo podemos imaginar una humanidad caótica. Pero también es cierto que con sólo la fuerza no se ha hecho nunca cosa que merezca la pena. (...).

(31) «Nación y Ejército»: «El Sol» (14-11-1922).

En cuanto a la fuerza, no es difícil determinar su misión. Por muy profunda que sea la necesidad histórica de la unión entre dos pueblos, se oponen a ella intereses particulares, caprichos, vilezas, pasiones y, más que todo esto, prejuicios colectivos instalados en la superficie del alma popular, que va a aparecer como sometida. Vano fuera el intento de vencer tales rémoras con la persuasión que emana de los razonamientos. Contra ellas sólo es eficaz el poder de la fuerza, la gran cirugía histórica (32).

Atrevida defensa de la fuerza, donde destaca como cirugía indispensable contra las miserias humanas, incluso colectivas, a las que no es ajeno un mal entendido espíritu nacional que trata de justificar y sostener los propios vicios, abusos y errores, presentes o pasados. Esa visión del mal y su inconsciencia, por aquello del alma colectiva que actúa de forma elemental y sentimental, cerrándose a cualquier razón, como cegada por instintos y pasiones, puramente animal, es la que fuerza a la quirúrgica bélica como único recurso, según Ortega. Pero él mismo detecta la actitud contraria en un concepto negativo de la fuerza armada que recusa:

Es, pues, la misión de ésta (la fuerza) resueltamente adjetiva y secundaria, pero en modo alguno desdeñable. Desde hace un siglo padece Europa una pernicioso propaganda en desprestigio de la fuerza. Sus raíces hondas y sutiles provienen de aquellas bases de la cultura moderna que tienen un valor más circunstancial, limitado y digno de superación. Ello es que se ha conseguido imponer a la opinión pública europea una idea falsa sobre lo que es la fuerza de las armas. Se la ha presentado como cosa infrahumana y torpe residuo de la animalidad persistente en el hombre. Se ha hecho de la fuerza lo contrapuesto al espíritu o, cuando más, una manifestación espiritual de carácter inferior.

La relación directa entre Ejército y guerra había llevado a los políticos adversos a unir en su anatema las razones de uno y otra. Aún no hace mucho se me preguntaba en un coloquio juvenil si creía que habría guerras si no hubiese ejércitos, y hube de responder con una contrapregunta, trasladando la suya al caso del incendio y los bomberos, en cuya relación se encerraba una doble respuesta sobre el origen y la misión del Ejército; porque la primera agresión fue la de Caín, y no consta que fuese guerrero, sino labrador. Esta identificación entre la barbarie de la guerra y el oficio de las armas, es más, esta absurda inversión de causa y efecto ha llegado hasta nuestros días, cuando la realidad es que, si alguien, con seguridad irrefragable, garantizase que no habría más guerras, haría desaparecer los ejércitos por pura lógica. Pero en tales apreciaciones había una visión del militar como guerrero brutal, como gladiador, en el que no contaban para nada las virtudes que lo impulsan vocacionalmente y las virtudes instrumentales que se le exigen y ha de adquirir, todo lo cual se encierra en el espíritu militar, y de las que hablará luego Ortega.

(32) *España invertebrada*, en *Obras completas* III, p. 55-57 (1922).

Ahora, una página después de lo anotado, eleva su canto simplemente a ensalzar el Ejército en sí mismo, como realización del espíritu humano, frente a quienes sólo lo ven como expresión de fuerza bruta:

Medítese un poco sobre la cantidad de fervores, de altísimas virtudes, de genialidad, de vital energía que es preciso acumular para poner en pie un buen ejército. ¿Cómo negarse a ver en ello una de las creaciones más maravillosas de la espiritualidad humana? La fuerza de las armas no es fuerza bruta, sino fuerza espiritual... La fuerza de las armas, ciertamente, no es fuerza de razón, pero la razón no circunscribe la espiritualidad. Más profundas que ésta, fluyen en el espíritu otras potencias, y entre ellas las que actúan en la bélica operación. Así, el influjo de las armas, bien analizado, manifiesta, como todo lo espiritual, su carácter predominantemente persuasivo. En rigor, no es la violencia material con que un ejército aplasta en la batalla a su adversario lo que produce efectos históricos. Rara vez el pueblo vencido agota en el combate su posible resistencia. la victoria actúa, más que materialmente, ejemplarmente, poniendo de manifiesto la superior calidad del ejército vencedor, en la que, a su vez, aparece simbolizada, significada, la superior calidad histórica del pueblo que forjó ese ejército.

Mucha densidad y muy profundas sugerencias se encierran en este párrafo a pesar de su lírico comienzo.

El vencido se ha dejado invadir por el desánimo; y la victoria y la derrota, antes que materiales, quizá sólo unos segundos antes, son morales. Es el triunfo de la fuerza moral, de la voluntad de vencer —principio básico del arte de la guerra—, amparada en el apoyo espiritual de la retaguardia civil, presente y pasada, en las virtudes ancestrales de la raza, más recia y firme que la del enemigo.

Ortega sale al paso de una posible y trivial objeción de que un pueblo puede ser más inteligente, sabio, industrioso, civil o artista que otro y, sin embargo, bélicamente más débil que otro; para replicar que la calidad o rango histórico de un pueblo no se mide exclusivamente por aquellas dotes, hace observar que el «bárbaro» que aniquila al romano decadente era menos sabio que éste, y, sin embargo, no es dudosa la superior calidad histórica de aquél; pero advierte que su afirmación general, antes expresada, tiene, como toda regla, sus excepciones y su compleja casuística.

Tras ello avanza un paso más en su razonamiento para hacer ver que el Ejército, actuando por presencia, como catalizador bélico, evita más batallas de las que emprende. Era el concepto de los «guardianes», en *La República* y *Las leyes* de Platón, y el de las modernas fuerzas disuasoras:

«Sólo quien tenga de la naturaleza humana una idea arbitraria, tachará de paradoja la afirmación de que las legiones romanas, y como ellas todo gran ejército, han impedido más batallas que las que han dado. El prestigio ganado en un combate evita otros muchos, y no tanto por el miedo a la física opresión como por el respeto a la superioridad del vencedor.

El estado de perpetua guerra en que viven los pueblos salvajes se debe, precisamente, a que ninguno de ellos es capaz de formar un ejército y con él una respetable, prestigiosa, organización nacional» (33).

Aquel libro de 1922 no tenía desperdicio en sus ideas militares, aunque fuese muy discutido en lo político, y aún en lo político-militar, y tampoco fuese aceptable en su totalidad la interpretación histórica de España, bien que fuese lúcida y sorprendente. Pero se extendía aún en aspectos generales del Ejército como instrumento para la guerra, o mejor para la defensa, aunque el párrafo citado ya hubiese sugerido lo que luego fue lema estereotipado: «Nuestra misión es la paz», como también explicaba el sentido espiritual del respeto al vencedor, más elevado que la superioridad de fuerza y esfuerzo: el papel de la fuerza, «inseparable de ese astro divino de los pueblos creadores e imperiales»; pero, sobre todo, esa seguridad de que el genio creador del programa sugestivo nacional forja, a la vez, como símbolo y cartel, una hueste ejemplar que lo defienda. Esta premisa básica tendría desarrollo mucho más adelante en las mismas páginas de *España invertebrada* con visiones recíprocas y complementarias, donde las conclusiones pasan a ser premisas de nuevos argumentos:

Pero tener un Ejército y no admitir la posibilidad de que actúe es una contradicción gravísima que han cometido en el fondo de sus corazones casi todos los españoles de 1900... Una vez resuelto que no habría guerras era inevitable que las demás clases se desentendiesen del Ejército, perdiendo toda sensibilidad para el mundo militar...

La reciprocidad se hacía inevitable; el grupo social que se siente desatendido reacciona automáticamente con una secesión sentimental... Entonces comienza el Ejército a vivir —en ideas, propósitos y sentimientos— del fondo de sí mismo, sin recepción ni canje de influencias ambientales (34).

El capítulo al que corresponden estos párrafos va dirigido a explicar al lector la trayectoria psicológica del espíritu militar español, tema propio de uno de nuestros apartados posteriores. Y es verdaderamente llamativa la confesión que Ortega pone en nota al pie de que el esquema que ofrece de la evolución del «ánima del grupo militar español» es, *muy posiblemente, un puro error*, pero que quiere ser leal intento de entender el espíritu de los militares; sistematización teórica del aislamiento de la clase militar, si acaso un tanto simplista, pero real, como más adelante veremos.

Es en el mismo texto también donde se establece por primera vez el brillante planteamiento orteguiano del guerrero y el militar, el más conocido y popular de sus conceptos militares y uno de los más literarios e ingeniosos de sus obras, pero además una de las pruebas más claras para examinar el desarrollo abierto de una idea incipiente. Por que la distinción que aquí nace, como réplica directa a una idea de Spencer, en 1922, se despliega, ya como teo-

(33) *España invertebrada*, en *Obras completas* III, p. 58-59. En el capítulo a que estas páginas corresponden se incluye el artículo de «El Sol»: «Los momentos supremos, España ante las naciones», de 17-10-1918, uno de cuyos párrafos ya tenemos anticipados.

(34) *España invertebrada*: *ibid.*, p. 787 ss.

ría propia en 1927, bajo un título expresivo, de referencia tan concreta como «Espíritu guerrero»:

«El buen Heriberto Spencer, expresión tan vulgar como sincera de su nación y de su época, opuso al espíritu guerrero el espíritu industrial, y afirmó que era éste un absoluto progreso en comparación con aquél... Nada es, en efecto, más remoto de la verdad. La ética industrial, es decir, el conjunto de sentimientos, normas, estimaciones y principios que rigen, inspiran y nutren la actividad industrial, es moral y vitalmente inferior a la *ética* del guerrero. Gobierna a la industria el principio de la utilidad, en tanto que los ejércitos nacen del entusiasmo. En la colectividad industrial se asocian los hombres mediante contratos, esto es, compromisos parciales, externos, mecánicos; al paso que en la colectividad guerrera quedan los hombres integralmente solidarizados por el honor y la fidelidad, dos normas sublimes.

Dirige el espíritu industrial un cauteloso afán de evitar el riesgo, mientras el guerrero brota de un genial apetito de peligro. En fin, aquello que ambos tienen de común, la disciplina, ha sido primero inventada por el espíritu guerrero y, merced a su pedagogía, injertado en el hombre.

Sería injusto comparar las formas presentes de la vida industrial, que en nuestra época ha alcanzado su plenitud, con las organizaciones militares contemporáneas, que representan una decadencia del espíritu guerrero. Precisamente lo que hace antipáticos y menos estimables a los ejércitos actuales es que son manejados y organizados por el espíritu industrial. En cierto modo, el militar es el guerrero deformado por el industrialismo (35).

Tienta la idea de estudiar comparativamente el proceso de ideación que empieza en este planteamiento para culminar en el desarrollo incluido en las «Notas del vago Estío», del tomo V de *El Espectador*, ya que no conozco ninguno intermedio en esos cinco años ni otro posterior.

El espíritu industrial le sirve de término medio en su distinción entre el guerrero y el militar, para decir primero que las formas actuales de plenitud en la vida industrial no pueden compararse con las organizaciones militares contemporáneas, decadencia del espíritu guerrero, cuyo demérito está en que lo organiza y maneja el espíritu industrial.

Cinco años después va mucho más allá, pues analiza las cualidades del espíritu guerrero, encontrando que en él prevalece el espíritu de acción sobre el temor al riesgo, y que la causa de ello está en un radical sentimiento de confianza en sí mismo. Un buen esquema básico de la personalidad incipiente del guerrero. A renglón seguido, sorprendentemente, busca una relación de ello con la cultura, diciéndonos que la nueva cultura que desea hay que asegurarla en un mínimo de virtudes bárbaras, y sobre todo el espíritu guerrero.

(35) *Ibid.*, p. 57-58.

Toda cultura se engendra en ese fondo de barbarie, que, si se agota, la cultura se anquilosa y muere:

Desde Spencer se acostumbra a oponer el espíritu guerrero al espíritu industrial, y se prefiere, sin titubeo alguno, éste a aquél.

El hombre del siglo pasado se complacía en que se le calificase de industrial y nada guerrero. La guerra le parecía una cosa bárbara...

La causa por la cual en el espíritu guerrero prevalece, el apetito de acción sobre el temor al peligro, no es otra que un radical sentimiento de confianza en sí mismo.

Quien desee para mañana nueva cultura, tiene que asegurarse en la Europa de hoy cierto mínimo de virtudes bárbaras. Y, sobre todo, el espíritu guerrero.

Toda cultura se engendra en ese fondo de barbarie y, cuando ésta se agota, la cultura se seca, se anquilosa y muere. Lo cual, en otra pirueta sorprendente le hace saltar al militar, que es para él una degeneración del guerrero corrompido por el industrial, y define que «el militar es un industrial armado, un burócrata que ha inventado la pólvora». Cuando sigue explayándose en la idea, invade el terreno quijotesco del discurso de las armas y las letras, en una versión modernizada y breve, para repetir en una variante de planteamiento las diferencias entre el espíritu del guerrero y del industrial. En el primero, el riesgo no basta para apartarle de la empresa; el segundo vive con perpetua cautela, considerando siempre el peligro. Y aporta una conclusión en este párrafo:

Pero una cosa es el guerrero y otra el militar. La Edad Media desconoció el militarismo. El militar significó la degeneración del guerrero corrompido por el industrial. El militar es un industrial armado, un burócrata que ha inventado la pólvora. Fue organizado por el Estado contra los castillos. Con su aparición comienza la guerra a distancia, la guerra abstracta del cañón y el fusil. Llamo espíritu guerrero a un estado de ánimo habitual que no encuentra en el riesgo de una empresa motivo suficiente para evitarla. En el espíritu industrial, por el contrario, decide la consideración del peligro, y siente la vida como una perpetua cautela. La guerra, concretamente, no es sino una de las muchas formas en que el espíritu puede realizarse. Lo esencial de ella es ser un peligro de muerte (36).

Pero Ortega penetra también en reflexiones sobre los conceptos esenciales de la filosofía moral de la milicia, conceptos muy relacionados con la organización social; luego se vio que cada vez más, como son los de mando, disciplina y fortaleza. Explicaba Ortega con gran intención el origen bélico de la voz «pueblo» empleada en aquel *senatus populusque romanus*, en el que el verdadero sentido de *populus* fue el de cuerpo armado, porque, en la mente romana, lo civil era el senado, y los demás, el pueblo, no intervenía primitivamente sino en faenas de guerra, hasta que logra ingresar en política

(36) *El Espectador*, V (1927), en *O.C.*, II, p. 419-421.

a fuerza de huelgas militares. Hay que romper una vez más la cronología orteguiana, puesto que el primer concepto de psicología castrense que templea es el del mando, ya en 1920, pero una mejor ordenación nos ha de recoger antes el de esfuerzo, por conexión directa con el del espíritu guerrero. El texto está en su «Meditación del Escorial», donde un apartado se titula nada menos que «*Tratado del esfuerzo puro*», para hablarnos de la emoción artística de lo hercúleo desde que Miguel Angel impuso la *maniera grande*, y definir el Escorial como un «*Tratado del esfuerzo puro*» y afirmar que toda nuestra grandeza y nuestra miseria está en que, en la Historia universal, los españoles fuimos «un ademán de coraje». Más concreto el apartado siguiente, sobre «El coraje, don Quijote y Fitché», sus relaciones entre el esfuerzo, la acción y la hazaña, con referencia concreta y don Quijote como héroe militar, encaja de lleno en nuestro estudio, con el original planteamiento de proponer el paralelismo entre el Escorial y el Quijote, porque, en cuanto al «esfuerzo puro», si el primero es su tratado, el segundo es su crónica. Ortega lo desarrolla así:

Es el esfuerzo aislado y no seguido por la idea de un bravío poder de impulsión, un ansia ciega. Para el hombre esforzado no tiene interés la acción, que se dirige a un fin y vale lo que éste valga. No le interesa al esforzado la acción, sino la hazaña.

Cohen encontraba que Sancho empleaba siempre la misma palabra de la que hacía Fitché el fundamento de su filosofía: hazaña, que en el texto alemán se traduce por acto de voluntad, de decisión.

El Quijote es la crónica del esfuerzo puro Don Quijote es un héroe esforzado: «Podrán los encantadores quitarme la ventura, pero el esfuerzo y el ánimo es imposible» (37).

Recordemos que ya había hecho Ortega su defensa de la fuerza frente al pacifismo que la condenaba, en su artículo de *El Sol*, publicado en diciembre de 1920 y recogido, como tantos, dos años después en *España invertebrada*; pero en lo que antecede no hay repetición ni parentesco, pues de la fuerza colectiva, que es acaso el ejército, ha pasado a algo tan distinto como el esfuerzo individual, que es el arrojo. También individual es la acción del mando, a la que en el mismo artículo aludía temprano, para insistir en ella diez años después en *La rebelión de las masas*, con más reflexión. En 1920 decía sólo:

Mandar no es simplemente convencer ni simplemente obligar, sino una exquisita mixtura de ambas cosas. La sugestión moral y la imposición material van íntimamente fundidas en todo acto de imperar (38).

El problema del mando, su psicología y pedagogía constituye un estudio militar más científico e intenso cada día en los centros de enseñanza de oficiales del Ejército. Lejos del puro concepto castrense, pero no sin interés para él, escribió en 1930:

(37) *Meditación del Escorial*: «Tratado del esfuerzo puro» y «Melancolía», en *El espectador*. Biblioteca Básica Salvat (1970), p. 164-166.

(38) «Particularismo y acción directa» II: «El Sol» (16-12-1920).

Por *mando* se entiende aquí primordialmente ejercicio de poder material o de coacción física. Porque aquí se aspira a evitar estupideces, por lo menos las más gruesas y palmarias. Ahora bien, esa relación establecida y normal que se llama *mando* no descansa nunca en la fuerza, sino al revés, porque un hombre o un grupo de hombres que ejerce el mando tiene a su disposición ese aparato o máquina social que se llama «fuerza».

La verdad es que no se manda con los jenízaros. Así le decía Talleirand a Napoleón: *Con las bayonetas, Sire, se puede hacer todo menos una cosa: sentarse sobre ellas*. Y mandar no es el gesto de arrebatarse el poder, sino tranquilo ejercicio de él. En suma, mandar es sentarse. Contra lo que una óptica inocente y folletinesca supone, el mando no es tanto cuestión de puños como de posaderas (39).

En otro lugar, tres años antes, es decir, en 1927, había anticipado Ortega en relación con la obediencia, uno de los componentes de la disciplina que mayor sagacidad e inteligencia exige para verlo: «*Estimar al que manda*», consecuencia recíproca del «*hacerse querer*» que las ordenanzas imponen al cabo como primer elemento en la cadena del mando, por lo que su obligación se prolonga a todos los superiores. Ortega, en su apreciación, da por supuesto que el que ejerce mando lo merece, por formación, sentido de la justicia, eficacia y humana comprensión del conocedor de hombres. Al menos así lo enjuicia el general Montero (40).

Muchas más alusiones aisladas a cualidades y virtudes militares hay en la copiosa literatura orteguiana; a características positivas y negativas de Ejército y sus hombres en distintas épocas históricas; pero la última que merece destacarse por la precisión que Ortega le dedica, es la disciplina, a la que alude en 1927 en *El Espectador* y, en 1937, en su «Epílogo para Ingleses» de *La rebelión de las masas*. En el primer texto empieza generalizando sobre la importancia de la disciplina en cualquier organización humana:

«La disciplina bélica ha sido una de las máximas potencias de la historia. Toda disciplina, muy especialmente la que es supuesto de cualquier industria complicada, viene de este orden espiritual inventado por el hombre para combatir».

Con esta definición de la esencia militar de toda disciplina, ya puede pasar Ortega a mostrar su comprobación en el ámbito más insospechado inicialmente, como es el místico, con el ejemplo del defensor de Pamplona, Ignacio de Loyola, que, pasó a ser «general» de una orden religiosa:

«Cuando un español genial intenta detener la desbandada mística que significó el protestantismo, encuentra en sus hábitos de guerrero el remedio, y funda una «compañía» cuya educación y régimen provienen de unas «ordenanzas» morales, que llamó, con vocabulario de capitán «Ejercicios Espirituales». Allí está la famosa meditación de «Las dos Banderas», que parece pensada junto a la tienda de campaña, en un alborar rojizo de cruenta jornada...».

(39) *La rebelión de las masas*; en *O.C.*, p. 1230 y 1241.

(40) Jesús Montero Romero, «La milicia en Ortega y Gasset»: «Ejército» 458 (marzo 1978), p. 18.

Pero luego, para centrar de modo más macizo su lección, acude a los tiempos de la disciplina más clásica y apretada, la griega de los atenienses, la de la Roma primitiva y la del Imperio, llevada hasta extremos heroicos, con un ejemplo lapidario de heroísmo que, a la fuerza argumental, añade la de la imagen plástica:

«La sorprendente eficacia que va unida al puño romano desde que aparece sobre el área histórica, se debe, ante todo, a una intensificación de la disciplina. El Ejército ateniense sólo había tenido la que resulta mecánicamente del cuerpo táctico y de su ejercicio. Faltaba, en cambio, el factor coercitivo. Cualquier soldado, en plena campaña, podía reclamar ante el Aerópago, de su estrategia, que carecía de jurisdicción. De aquí el frecuente relevo de generales durante las campañas. Roma, por el contrario, entrega la justicia absoluta al jefe del Ejército, el Cónsul.

Como ejemplo de rigor vigente, se recordaba que, de las pocas noticias auténticas de la Roma anterior a las guerras púnicas, el año 425, el cónsul Aulus Postumius hizo decapitar a su hijo por haber abandonado la formación y haberse trabado con un enemigo en combate sin igual, del que salió victorioso» (41)

El planteamiento histórico es de por sí una lección de disciplina porque se ve en su momento cumbre, que es también su extremo, su misión y su eficacia ejemplar, aunque inhumana. Poco más añadiría Ortega en su cita de 1937, donde más bien cierra el círculo insistiendo en su origen castrense, como le place mostrarlo en tantas otras cosas, por especial afición. En aquel epílogo cuyo subtítulo es «Contra el pacifismo», les dice a los ingleses, para quienes lo envía:

«Ella (la guerra) llevó a uno de los mayores descubrimientos, base de toda la civilización: el descubrimiento de la disciplina. Todas las demás formas de la disciplina proceden de la primigenia, que fue la disciplina militar» (42).

Quizá fuese mucho pedir a Ortega una exquisita distinción entre disciplina, subordinación y obediencia, matizando como cada virtud condiciona a la siguiente; como pedirle esas precisiones actuales de fijar hasta dónde la disciplina es o una técnica; o una virtud y, en el segundo caso, si es en sí misma «la virtud militar», que, para Villamartín «Marca y circunscribe a todas» o, como yo he creído averiguar, una de las tres esenciales, que con el valor y la abnegación constituyen la «virtud militar». En cualquier caso, Ortega distingue claramente que el caso de Postumius es un ejemplo claro de disciplina, pues que se falta a una orgánica ritual prevenida, no a una orden concreta, más o menos inmediata y personal, que eso es obedecer y no aquello. Obedecer tiene para él un sello muy especial y exquisito en «estimar al que manda», obediencia mental y activa, pero también cordial, mucho más importante y difícil que la mera obediencia ciega, formal y pasiva, que tantas veces se ha

(41) *El Espectador*, VI, O.C., II p. 565 y 566.

(42) «En cuanto al pacifismo», en *La rebelión de las masas*. Epílogo para ingleses 1937, p. 167.

tenido por suficiente, lo cual, a la recíproca, exigirá al jefe poner mucho de su parte para hacerse estimar, que en eso estriba el prestigio.

La precisión de Ortega sobre la obediencia es de *La rebelión de las masas*, pero de 1930, anterior al epílogo citado, que se añade siete años después para una traducción inglesa. Dice así:

«Pero obedecer no es aguantar —*aguantar es envilecerse*— sino, al contrario, estimar al que manda y seguirlo, solidarizándose con él, situándose con él bajo el ondeo de su bandera» (43).

Tomado al pie de la letra, eso de «aguantar es envilecerse» iría contra la virtud de la paciencia y aquel consejo cristiano que daba el catecismo de «sufrir con paciencia las adversidades y molestias de nuestros prójimos». Pero hay que tomarlo dentro del contexto militar, que mira al crecimiento de la virtud. En fin de cuentas, también en lo cristiano, aunque lo de «envilecerse» no sea aceptable, el precepto evangélico dice «amar a vuestros enemigos»; cuánto más a nuestros jefes; quizás esa sea la interpretación que pide el texto orteguiano.

Sobre la Guerra Mundial

Había intuido Ortega dos fechas críticas de una nueva era para España, que coincidían con dos guerras, española la una y mundial la otra. Eran las guerras del 98 y del 14. De la Gran Guerra veía salir al obrero-soldado con una nueva responsabilidad y distinta influencia social, hasta el punto de que el mundo giraría en torno suyo:

«Lo que el guerrero fue para el mundo antiguo, es para nuestra edad el obrero... Vive hoy de militar europeo enterrado en la trinchera; cuando salga de ella veremos que la mitad de su cuerpo es de obrero. Y sentirá indomable repugnancia para todos los arcaicos privilegios que hacían del Ejército un ejemplar de faunas desaparecidas» (44).

Era diciembre de 1917. Su atención a la presión social que el obrero ejercía en aquel año crítico en España, en Rusia, en la guerra misma, le hacía imaginar con previsión de pensador y de poeta el resultado de la presión; en otro preveía consecuencias políticas españolas de la política del bando victorioso, que influiría en España, acaso también por mimetismo:

«Esta propensión del parlamentarismo actual a convertir en peleas lugareñas las grandes batallas universales, produce hondo quebranto en nuestra política» (45).

El símil, elocuente y muy gráfico —pese a que la guerra de microbios no es química, sino bacteriológica—, no sabemos si convenció a los laboristas ingleses, de suyo tan suyos, pero hubo de poner claridad en muchos lectores confusos. Cerraba así su tema contra el pacifismo, que es tema esencialmente militar: el de la guerra como origen de todos los ejércitos. Por eso los

(43) *La rebelión de las masas*; en *O.C.*, IV, p. 241.

(44) «Hacia una nueva política. Comedia del libertino escrupuloso»: «El Sol», 28-12-1917.

(45) «El Sol», 25-10-1918.

ejemplos de España, que sólo eran ejemplos al tema general, se remataban al final del libro diciendo:

«Mientras se produzcan fenómenos como ése, todas las esperanzas de que la paz reine en el mundo son, repito, penas de amor perdidas» (46).

Buen final educativo —de lo particular a lo general— para el epílogo del libro —*La rebelión de las masas*— y para nuestro estudio sobre Ortega.

Conclusión

Ortega viene a terminar por donde empezó y deja como síntesis un concepto nuevo y abierto de patria y de nación una actitud admirativa del Ejército como máquina humana para la paz, una ironía del pacifismo al uso, una contemplación seria de la guerra, como fenómeno humano cuando fallan todos los remedios, un elogio de las virtudes militares, de la vocación y de la carrera de las armas, en resumen, una visión positiva en los conceptos generales relacionados con la milicia y, por el contrario, negativa en los particulares hechos históricos que le tocó vivir o contemplar, relacionados con lo militar.

Su concepto de patria como «un proyecto sugestivo de vida en común», formulado primero en la idea de nación, fue una gran novedad y constituyó un paso adelante sobre las definiciones vigentes de la patria en un sentido más telúrico, desencadenando una serie de pensamientos para matizar más la profundidad y proyección del sentido de patria.

En su momento, Ortega fue un técnico de la visión ética y metafísica de la guerra. Escribió largo sobre ella como origen del Ejército en «Contra el pacifismo». La admiraba como elemento artístico y como fuente de imaginación, organización y exigencia de disciplina, hasta el punto de decir: «La guerra llegó a uno de los descubrimientos base de toda la civilización, el de la disciplina. Todas sus formas proceden de la primigenia, que fue la disciplina militar».

Manifestó su admiración por el Ejército hasta el punto de ser el único de los pensadores de izquierdas que lo comprendían y sólo por ello se acercaba a Maeztu. En lo cual hubo de influir la raigambre militar de su familia y la de su esposa. Cantó al Ejército como Menéndez Pelayo, Valle, Maeztu y Morente. Sobre todo admiraba al del medievo y a Fernando el Católico, el creador del Imperio español, en su introducción al *Capitán Contreras*, otro prototipo que le sedujo. Llegó a afirmar que «el Ejército es una de las creaciones más maravillosas de la espiritualidad humana», que constituye «el sistema óseo y la columna vertebral de la nación», y que «su grado de perfección mide con pasmosa exactitud los quilates de moralidad y vitalidad nacionales». Prefería el guerrero al soldado y éste al militar, al que consideraba como la degeneración industrial del soldado. Tuvo especial afición a la caza, deporte militar al que dedicó hermosas páginas, y le gustaba el nombre de «El Arquero».

(46) *La rebelión de las masas*. «En cuanto al pacifismo» p. 186.

Quiso «entrar en fraternidad» con los militares cuando hizo un llamamiento a los jóvenes oficiales, con una especie de «¡Salvadnos jóvenes!» casi como el de Unamuno, que inspiró la Falange. Mostró su gratitud a los militares que se retiraron por la ley de Azaña, pero también a los que se quedaban en activo con la segunda República.

Era un entusiasta de las virtudes militares, del espíritu militar alma del Ejército. En su formación filosófica germana admiraba la disciplina como algo de importancia esencial y por ella al Ejército, porque el Ejército fue su «inventor».

En general, no fue admirador de las figuras militares contemporáneas, pero sí elogió a algunas personalidades militares destacadas en el pensamiento, la organización y la técnica.

En cuanto su actitud ante los acontecimientos bélicos-militares, trató poco de la guerra de la Independencia y la de Cuba y nada de la Carlista. En cambio aludía mucho a la Gran Guerra, mostrándose aliadófilo, pero con admiración a la cultura alemana, como Maeztu, y advirtió el nacimiento en las trincheras de un nuevo soldado obrero que presionaría en la sociedad de postguerra.

Estuvo en contra de la Ley de Jurisdicciones y se mostró oscilante con las Juntas de Defensa, aceptándolas al nacer y recusándolas después. También varió de opinión durante la campaña de Marruecos y a su rotunda oposición inicial sucedió al fin una actitud expectante y comprensiva, resignándose a que se concluyese por las armas antes de explicarla al país. Influyó en la caída de Alfonso XIII con su «Delenda est Monarchía» y en el descrédito de la República que había ayudado a nacer con su «No es eso, no es eso». En cambio no consta ningún comentario suyo sobre la rebelión de Jaca; se indignó primero y distinguió más tarde ante la del 10 de agosto de 1932 y mantuvo siempre su condenación del octubre rojo de 1934. Exaltó con los máximos elogios la «Hazaña de Azaña» por las reformas militares. Explicó a Einstein y a los pacifistas ingleses que interpretaban mal sus palabras, el sentido nacional del alzamiento de 1936, advirtiéndoles que no era un pronunciamiento más, pero que no iba a «caer en la inocencia de exponerles su opinión positiva sobre la guerra civil española».

Concluyendo: Ante lo militar y lo bélico, Ortega resultó muchas veces teórico y contradictorio, por demasiado periodístico e improvisador, tomando partido apresurado ante hechos que requerían más paciente y prudente información, lo cual fue ocasión de que rectificase al menos cinco veces su criterio en otros tantos acontecimientos graves.

Pero gran parte de sus ideas son básicas para el pensamiento y la cultura militar, aunque oscilen entre los extremos ocasionales de su loa al Ejército como «una de las creaciones más maravillosas de la espiritualidad humana» y su rechazo al «arcaico espíritu militar español» entre su contemplación reflexiva de la guerra y la milicia, y sus duras objeciones a las guerras y los militares.